

## LOS JUDÍOS DE KAIFENG, UNA DIÁSPORA OLVIDADA

FLORA BOTTON BEJA  
*El Colegio de México*

LA PRESENCIA DE JUDÍOS en partes remotas del mundo no constituye en sí un hecho insólito. La diáspora tuvo alcances que aún no se han terminado de precisar. Por eso, no resulta sorprendente la existencia de una vieja comunidad judía en China, en la ciudad de Kaifeng (provincia de Henan, al suroeste de Beijing). Esta comunidad, que realmente fue poco numerosa (en la época de mayor auge su número no excedió las 2 000 personas) ha sido objeto de escrutinio y de estudio por parte de numerosos especialistas, debido a motivos que trascienden su simple existencia. Lo que hace interesantes a los judíos de Kaifeng es, por un lado, el papel que sin querer desempeñaron en las disputas de los representantes del cristianismo europeo y, por el otro, el laboratorio que representaba esta comunidad aislada y remota, para determinar los mecanismos de supervivencia de la identidad judía, en un medio totalmente ajeno a su tradición. Desde el punto de vista del estudioso de China, constituye también un ejemplo de la fuerza persuasiva del confucianismo cuya rigidez, disfrazada de maleabilidad, y cuya presencia en todas las esferas de la sociedad absorbían y dominaban cualquier otra tradición. Finalmente, la relativa tolerancia religiosa característica de China le ahorró a los judíos de Kaifeng las persecuciones que frecuentemente sufrieron sus correligionarios tanto en Europa como en Medio Oriente. Esta situación pudo estimular en un sentido la supervivencia de la identidad judía, pero en otro, sirvió para provocar una confianza que condujo, finalmente, al relajamiento de los usos y costumbres que garantizaban la continuidad de su tradición.

La fecha de la llegada de los judíos a China es un tema de discusión entre los especialistas; sin embargo, no se ha comprobado su presencia en ese país en épocas demasiado remotas. Los antepa-

sados de los judíos de China probablemente emigraron en el siglo II d.C., durante la gran diáspora, cuando los romanos los expulsaron de Jerusalén y se dirigieron a Persia y a Arabia. De allí algunos viajaron hacia Afganistán, Balkh, Samarkanda, Bokhara y, siguiendo la ruta de la seda, llegaron al Turquestán chino de donde pasaron al norte de China. Otros se dirigieron al sur y llegaron a la India, de donde viajaron a China y se instalaron en algunos de los puertos de las costas del sureste, durante la época Tang (618-907) o Song (960-1279).

Según el estudioso chino Pan Guangdan, los judíos pudieron haber llegado a China provenientes de Persia o de la India. Es cierto que algunos de los libros y manuscritos que pertenecieron a la comunidad de Kaifeng tienen letras y palabras persas, y el papel en el cual están escritos parece proceder de Persia. En las inscripciones que han sobrevivido se dice que llegaron de las regiones occidentales. Eso haría suponer que llegaron por tierra, a través de las rutas de la seda, probablemente como comerciantes. Por otro lado, el persa era la *lingua franca* de la región y la usaban frecuentemente los comerciantes de la época. En otra inscripción, los judíos de Kaifeng afirman haber llegado de Tianzhu con cargamentos de tela de algodón, como tributo para el emperador chino. A Tianzhu se le ha identificado como la India, donde por cierto se producía tela de algodón. En tal caso, los judíos habrían llegado por mar desde la India y, después de tocar algún puerto, hicieron el resto del viaje por tierra hasta Kaifeng.

Tampoco se conoce con certeza la fecha de la llegada de los judíos a China. En la inscripción más antigua de Kaifeng se dice que llegaron en el siglo XII (Song), pero en inscripciones más recientes se afirma que llegaron durante Han (206 a.C.-220 d.C.) e incluso durante Zhou (1027-221 a.C.). Sin embargo, las únicas evidencias de la presencia de judíos en la región proceden de un fragmento de una carta de negocios, escrita en persa pero con caracteres hebreos, que encontró el equipo de Aurel Stein en Dunhuang, Asia Central, y una plegaria en hebreo que Pelliot encontró en la Cueva de los Mil Budas, también en Dunhuang. Ambos documentos son del siglo VIII, esto es, de la época Tang. Asimismo, en el siglo IX, el árabe Abu Zeyd al Hassan (Abu Zaid), escribió que en una matanza en un puerto del sur de China (probablemente Guangzhou-Cantón), de la que fue responsable el rebelde Huang

Chao, murieron 120 000 musulmanes, cristianos, judíos y parsis. No se han encontrado pruebas de ese informe, aunque es probable que hubiera judíos en el sur de China en esa época. En resumen, se puede decir que si bien desde épocas antiguas posiblemente llegaron a China judíos comerciantes o viajeros, el primer asentamiento de judíos en ese país que se conoce con certeza, se ubica en el siglo XII en Kaifeng.

Las razones por las cuales en un momento dado un grupo de familias judías llegó a China no son bien conocidas. No existe ningún documento que explique el origen de esta migración, pero una inscripción de 1489 afirma que los judíos llegaron con un cargamento de tela de algodón como tributo para el emperador, quien les dio permiso para residir y construir una sinagoga. Tal vez una persecución en su lugar de origen los obligó a emigrar, o quizás fue la búsqueda de mejores oportunidades. Sea como sea, sabemos que un grupo de judíos —setenta clanes dice la misma inscripción mencionada con anterioridad— se radicó en el siglo XII, en Kaifeng. Ahora bien, ¿por qué eligieron Kaifeng? Durante la dinastía Song del Norte (960-1125), Kaifeng fu (el distrito de Kaifeng), es decir, la capital, que entonces se llamaba Bianjing y sus alrededores, contaban con una población de casi un millón y medio de habitantes. En Bianjing se concentraban tanto aristócratas como funcionarios, mercaderes y terratenientes. El resto de la población la componían pequeños comerciantes, artesanos, obreros, sirvientes, esclavos, juglares, prostitutas, vagabundos, monjes, adivinos, curanderos, mendigos... El consumo en esa ciudad era enorme y el acarreo de mercancías para abastecer las necesidades cotidianas y para satisfacer la demanda de artículos de lujo era constante. Era lógico buscar fortuna en ese ambiente en el cual el comercio era importante y los extranjeros no constituían ninguna novedad.

Es curioso que en China, donde todo es motivo de registro, no se mencionara a los judíos en ningún texto chino hasta el advenimiento de la dinastía Yuan (1280-1368) de los mongoles. Es probable que muchos judíos hayan entrado a China en esa época ya que los mongoles favorecían la llegada de extranjeros. Hay edictos del siglo XIV donde se menciona a los judíos, los *zhuhu*, junto a los musulmanes, y donde se les insta a ambos que se presenten para que cumplan con el servicio militar y paguen impuestos y, curiosamente, se les prohíbe casarse con las viudas de sus hermanos. En

el siglo XIII, Marco Polo menciona la presencia de judíos en Kham-balik (Beijing) y Andrés de Perugia, obispo católico de Quanzhou (en Fujian), se queja en la misma época de no poder convertir a los judíos. Finalmente, el viajero árabe Ibn Batuta menciona una comunidad judía en Hangzhou.

Respecto de la comunidad judía de Kaifeng, los documentos fidedignos con los que contamos son cinco inscripciones en piedra (estelas), una de 1489, otra de 1512, dos de 1663 y una de 1679, que se hicieron para conmemorar eventos especiales en la vida de la comunidad, como la reconstrucción de la sinagoga, destruida por inundaciones o por el fuego, o en el caso de la de 1679, la celebración de la erección de un monumento conmemorativo. Existe, además, un Libro de Muertos del siglo XVII que se interrumpe en 1670, donde se registran los nombres de los difuntos de la comunidad (que consistía de siete linajes con sus apellidos correspondientes). Este libro tiene una sección de hombres y otra de mujeres y los nombres están escritos en hebreo y en chino; se incluyen, además, plegarias para los muertos. Estos testimonios se completan con relatos de jesuitas quienes conocieron a la comunidad en el siglo XVIII. A partir de 1725 hasta 1850 ningún extranjero parece haber visitado Kaifeng, y no hay noticias sobre la comunidad. A mediados del siglo XIX se reanuda el contacto, pero ya es muy tarde para la sobrevivencia de la comunidad como tal.

En la inscripción de 1489, llamada "Registro de la reconstrucción de la sinagoga de la pureza y la verdad", se hace una historia de la comunidad y se asevera que el fundador de la religión de los israelitas, *yicileye*, es Abraham, descendiente en decimonovena generación de Adán o Pangu (el primer hombre de acuerdo con la mitología china). Se dice también que los antepasados de la comunidad llegaron a Kaifeng en 1163, y obtuvieron el permiso imperial para residir allí y construir una sinagoga, la cual erigieron guiados por el *wusida* (palabra persa que significa "maestro") Liewei (Levi) y que fue reconstruida en 1279. Más adelante, los que conocían las Escrituras fueron llamados *manla* (mullahs), esto es, rabinos menores y ancianos. La inscripción de 1512 se llama "Registro de la sinagoga que respeta la escrituras del *dao* (camino, ley)" es decir, las Escrituras judías, la *torah*. En esta inscripción se vuelve a hablar de Abraham como el fundador de la religión y de Moisés como el transmisor de la *torah*. En la inscripción de 1663 se habla

también de Adán/Pangu, de Noé, de Abraham y de Moisés, quien recibió las Escrituras en el monte Sinaí.

Si bien los judíos se autodenominan en sus inscripciones *yiceleye*, en los edictos de la época Yuan se les conoció como *zhuhu*, *zhuhe* y *zhuyu* que se derivan del árabe *djuhud*. Actualmente se les conoce como *youtai*, que es el nombre que les dieron los jesuitas. Su religión también es conocida como *gu jiao* (religión vieja), *hui hui gu jiao* (religión hui hui vieja, para distinguirlos de los musulmanes que eran simplemente *hui hui*), *tian jiao* (religión celestial), *tiao jin jiao* (la religión que saca los tendones), *jiao jing jiao* (la religión que enseña las Escrituras), *qing hui hui* (musulmanes azules) y *qi xing hui zi* (hui de los siete clanes).

Lo que congregaba a los judíos de Kaifeng era una sinagoga, elemento esencial para conservar su coherencia como grupo. La sinagoga fue reconstruida diez veces en quinientos años. La primera sinagoga se construyó en 1163 y luego hubo de reconstruirse en 1279. La mayor catástrofe ocurrió en 1642, cuando el rebelde Li Zecheng capturó la ciudad y rompió los diques, por lo que las aguas del río inundaron a la ciudad. En esa ocasión perecieron cientos de miles de personas, se perdió la sinagoga y el agua dañó seriamente los libros sagrados. Únicamente doscientas familias sobrevivieron, pero pudieron reconstruir la sinagoga y restaurar los libros. En la inscripción de 1663 se conmemora esta reconstrucción, que se hizo con donaciones de toda la comunidad. En 1688 fue la última vez que se reconstruyó la sinagoga, y es ésta la que conocieron los jesuitas en el siglo XVIII, y a la que describen como espléndida. Sin embargo, ya en el siglo XIX quedaba poco del edificio original, y en 1910 en el sitio no había más que un pozo de agua estancada y ruinas.

Otro elemento que unía a la congregación era poseer libros sagrados y la costumbre de realizar los ritos religiosos tradicionales. Las inscripciones y los relatos de los jesuitas nos permiten saber que en el siglo XV únicamente tenían un rollo de *torah*, pero que en el siglo XVII poseían trece rollos. Había libros de leyes, plegarias, doctrina, calendarios y registros genealógicos que completaban el acervo. En cuanto a sus ritos, sabemos que oraban tres veces al día, observaban el sábado y varias de las fiestas tradicionales, tales como la pascua, la fiesta de los tabernáculos y la fiesta de *purim*. Sobre el día del perdón, *kippur*, dice la inscripción 1663a:

Al final del otoño, [los judíos] cierran sus puertas todo un día y se entregan al cultivo de la pureza; se abstienen de comida y de bebida para así poder alimentar su naturaleza más elevada. En ese día el estudioso interrumpe su lectura y su estudio; el campesino deja de sembrar y de cosechar; el comerciante no hace negocios en el mercado; el viajero se detiene en su camino.

En sus casas seguían el ritual de la bendición del vino (*kiddush*) y tenían servicios conmemorativos para los muertos. Finalmente, se sabe que practicaban la circuncisión y que se abstentían de comer cerdo.

La adaptación de los judíos de Kaifeng al medio chino, además de su temprana adopción de nombres chinos, fueron intentos por adecuar su religión a la doctrina confuciana, sin por eso abandonar lo esencial de su culto. En la inscripción de 1489 leemos:

Aunque existen algunas discrepancias entre la doctrina confuciana y la nuestra, en lo esencial de sus ideas y de sus prácticas, ambas están dedicadas exclusivamente a honrar el Camino del Cielo, respetar a los antepasados, valorar las relaciones entre el gobernante y el súbdito, obedecer a los padres, fomentar la armonía en la familia, ordenar las jerarquías sociales y estrechar los lazos entre los amigos: esto no es más que seguir las "cinco relaciones" entre los humanos.

En la inscripción de 1663, al hablar de las Escrituras se dice: "Aunque estén escritas en una lengua antigua y tengan extraños sonidos, están de acuerdo con los Seis Libros Clásicos" y en 1679 se asevera que las Escrituras coinciden plenamente con las enseñanzas de Confucio y de Mencio. Aun determinadas costumbres sociorreligiosas judías se presentan como equiparables a las recomendaciones del confucianismo. Es así como se vuelve confuciana la obligación de la caridad (*sedakah*). En la inscripción de 1512 se dice:

En cuanto a los huérfanos y a las viudas y a los ancianos sin hijos, a los lisiados y a los enfermos, todos reciben socorro y son ayudados con compasión y ninguno de ellos se queda sin techo... Si alguien por razones de pobreza no puede arreglar un matrimonio, o hacer una ceremonia funeraria, todos se afanarán para ayudarlo a fin de que tenga los fondos necesarios para el matrimonio y el equipo debido para el funeral.

Esto se reitera en la inscripción 1663a que dice "los huérfanos y los hombres sin mujer así como las viudas, todos reciben ayuda y

son socorridos". Otro detalle interesante es que si bien se practicaba la circuncisión entre los judíos de Kaifeng, ésta no es mencionada en ninguna de las inscripciones. Es necesario recordar que el confucianismo consideraba cualquier interferencia con el cuerpo humano como una mutilación inaceptable, y seguramente la comunidad judía prefirió no hacer hincapié en esta costumbre. En cuanto a la manera de referirse a dios, prefirieron usar la palabra *Tian* (cielo) combinada con *Dao* (camino) y no usaron *Shang Di* (emperador celeste) que si bien se conocía en la tradición china, podía resultar ofensiva para el emperador temporal.

Las conciliaciones con el confucianismo se puede explicar como un mecanismo de adaptación y de aceptación por parte de un grupo que se encontraba insertado en un ambiente extraño. Además, los preceptos de la doctrina confuciana en sí no violentaban ninguna de sus creencias fundamentales. Sin embargo, este afán conciliador hizo que poco a poco la penetración de usos confucianos introdujera prácticas que no estaban de acuerdo con la observancia del judaísmo. A la larga, los judíos de Kaifeng terminaron por practicar el culto a los antepasados con tablillas y ofrendas, y por honrar de la misma manera a la figura imperial.

El primer europeo que se enteró de la existencia de los judíos de Kaifeng fue el jesuita Mateo Ricci. En junio de 1605, apareció en la misión cristiana de Beijing un mandarín llamado Ai Tian, quien dijo que era de Kaifeng, y que se había enterado de que en este lugar había personas que veneraban a un solo dios, y quería comunicarles que él pertenecía a una religión que compartía las mismas creencias. Ricci y sus colegas encantados por lo que parecía ser el descubrimiento de una comunidad cristiana en el centro de China, conversaron con el visitante. Después de un intercambio en el cual en un principio reinaron los malentendidos y los equívocos, Ricci se dio cuenta de que se trataba de un judío. Si bien no era una situación ideal, Ricci se sintió estimulado y decidió averiguar más.

El interés de Ricci por los judíos de Kaifeng trascendía los límites de la simple curiosidad o del interés por convertirlos al cristianismo. En realidad, el descubrimiento de esta comunidad se insertaba en una disputa mucho más amplia en la que estaban implicadas tanto la misión evangelizadora en China como una preocupación de la cristiandad europea en general.

Muchos teólogos cristianos creían que el Antiguo Testamento

había sido alterado. Argumentaban que en el Nuevo Testamento hay citas que no se encuentran en el Viejo Testamento, y consideraban como algo extraño que la llegada de Cristo no se hubiera anunciado con mayor claridad. Según ellos, todas las profecías sobre Cristo habían sido expurgadas de los textos por rabinos mal intencionados de la era talmúdica. Los judíos alegaban que eso no era cierto. El Viejo Testamento, decían, tenía difusión desde antes de la llegada de Cristo y hubiera sido imposible alterar todos los textos de todo el mundo de la misma manera; además, la religión judía considera un sacrilegio que se interfiera con la palabra de dios. Claro está que las protestas de los judíos no convencieron a nadie, y en varias ocasiones hubo persecuciones, matanzas y destrucciones de textos a manera de escarmiento. Sin embargo, no se podía destruir al Antiguo Testamento, que forma parte de la Sagradas Escrituras cristianas, por lo que había que encontrar una versión pura, no alterada y que demostrara la verdad. El descubrimiento de una vieja comunidad que no estaba enterada de la llegada de Cristo daba grandes esperanzas a los teólogos europeos, y durante dos siglos se hicieron esfuerzos por conseguir las torah de Kaifeng, para salir de la duda.

Por otro lado, los judíos podían ayudar a resolver un grave problema que se había planteado con los conversos chinos, y que provocó polémicas feroces entre las diversas órdenes de misioneros cristianos. El arraigo de ciertas costumbres confucianas dificultaba la conversión al cristianismo. En primer lugar estaba el culto a los antepasados, considerado pagano e idólatra por los misioneros y que los chinos no estaban dispuestos a abandonar. En segundo, el problema del término usado para el nombre de dios, al que los cristianos insistían en llamar Tian Zhu (dueño de los cielos), un término que resultaba extraño para los chinos, quienes se sentían más cómodos con Tian (cielo). Esta situación suscitó la controversia de los ritos y de los términos, lo que enfrentó a los jesuitas (defensores de la tolerancia hacia aquello que ellos consideraban como prácticas sociales seculares) con los dominicos y los franciscanos para quienes tales prácticas eran inaceptables... A partir del siglo XVII, en Roma la discusión en torno de ese tema se volvió encarnizada, y la decisión de lo que era o no aceptable dependía del Papa que reinara en el momento. El descubrimiento de los judíos de Kaifeng fue providencial para ayudar a resolver ese problema. Los ju-



díos habían introducido ritos confucianos sin perder por ello su creencia en el monoteísmo, y sin caer en la idolatría. El momento más grave fue desde 1700 hasta 1702, cuando se escribieron centenares de panfletos donde se discutía esa situación. Los jesuitas despacharon emisarios a Kaifeng y prepararon informes que, desgraciadamente, llegaron demasiado tarde, cuando ya el Papa había dado a conocer su veredicto en contra de los jesuitas. En un último esfuerzo, éstos le pidieron al mismo emperador chino, Kang Xi, que definiera aquello por lo que el confucianismo, realmente abogaba para probar que se trataba de costumbres seculares. Kang Xi, con paciencia infinita, hizo lo que le pidieron, pero al enterarse de la decisión de Roma, ordenó a los misioneros que se fueran, o que se conformaran con las costumbres chinas. Muchos jesuitas se quedaron, pero en 1742 el papa Benedicto XIV, en una bula (*Ex quo singulari*) volvió a prohibir cualquier concesión. No sería sino hasta 1939 cuando se revocaría dicha medida, pero para entonces los católicos habían perdido su oportunidad evangelizadora en China.

Mateo Ricci envió a dos chinos a Kaifeng, pidiéndoles que consiguieran materiales. Lo único que éstos pudieron obtener fueron copias de sólo algunas partes de libros que, si bien no presentaban problemas de alteración, no llegaban a constituir una prueba definitiva, por lo limitado de la muestra. Los emisarios de Ricci también hablaron con los miembros de la comunidad sobre el mesías y la Iglesia católica. El rabino, expresando el sentimiento general, manifestó grandes dudas acerca del advenimiento del mesías para lo cual, dijo, faltaban aún miles de años. Sin embargo, convencido de la sabiduría que le atribuían a Ricci sus representantes, les pidió a éstos que invitaran al maestro a Kaifeng, para que fungiera como rabino puesto que ellos estaban perdiendo los conocimientos necesarios para guiar a la comunidad en sus prácticas religiosas. Cuando Álvarez de Semedo publicó en 1742 su libro *El Imperio de China*, mencionó los libros de Kaifeng y especuló que éstos debían ser más fidedignos ya que esos judíos se encontraban en China desde tiempos inmemoriales, seguramente antes de la llegada del redentor.

El primer padre jesuita que llegó a Kaifeng, en 1704, fue Paul Gozani. Desafortunadamente Gozani no conocía el hebreo y los judíos no aceptaron venderle sus libros; sin embargo, a pesar de que sus propósitos se vieron frustrados, él nos ha dejado una rica información sobre la comunidad. Por él sabemos que los judíos si

observaban el culto a los antepasados, pero sin grandes despliegues y como muestra de respeto. Entre sus antepasados incluían a Abraham, Isaac, Moisés, etc. y a Confucio. El término que usaban para dios era el de Tian. En 1720, llegó a Kaifeng el jesuita Jean Domenge, quien sabía leer hebreo y que se quedó durante un año, asistió a los servicios y dejó dibujos de la sinagoga. Si bien la comunidad no aceptó venderle una *torah*, no tuvo objeción en dejarle leer lo que quisiera y en lo que pudo ver no encontró discrepancias con los textos conocidos. En 1723, fue Antoine Gabil, conocedor de hebreo bíblico, quien entabló conversaciones con el rabino a quien calificó de bastante ignorante. Si bien no pudo comprar libros, llegó a un acuerdo para hacer una copia de un rollo completo del *torah* que estaba íntegro y dejó a Gozani para que supervisara el trabajo. Sin embargo, en este mismo año los jesuitas tuvieron que abandonar China y nunca obtuvieron la copia. Gabil cuenta en una carta que los judíos observaban el sábado, celebraban la pascua y la fiesta de *purim*, no comían cerdo y practicaban la circuncisión.

En la Europa del siglo XVII, a pesar de la antipatía visceral contra los judíos, había una corriente mesiánica muy fuerte que, basándose en las Escrituras, anunciaba la segunda llegada de Cristo. Según algunos milenaristas, para que las profecías se pudieran cumplir, era indispensable convertir a todos los judíos, o localizarlos en sus lugares de diáspora. Según el Libro de Daniel la dispersión de los judíos era un prerrequisito para recuperar la Tierra Santa y según el Deuteronomio; la dispersión debía llegar desde un confín de la tierra hasta el otro.

Es en esta época, en 1603, cuando llegó a Amsterdam Manasseh ben Israel, hijo de marranos portugueses quienes huían de un auto de fe. Manasseh, joven precoz y ordenado rabino a los 18 años, fue un humanista de gran cultura y autor de varios libros. Tenía correspondencia frecuente con Hugo Grotius, la reina Cristina de Suecia y Oliver Cromwell. Rembrand fue su amigo personal e ilustró sus libros. Manasseh, preocupado por la persecución que sufrían en toda Europa sus correligionarios, quería encontrar lugares de refugio para ellos, pues en ese momento el único país dispuesto a recibirlos era Holanda. Inglaterra, de donde los judíos habían sido expulsados en el siglo XIII, ofrecía, con el nuevo gobierno puritano, una posibilidad que Manasseh decidió explorar. En 1644, Antonio de Montezinos, alias Aarón

Levi, marrano portugués, vio a Manasseh en Amsterdam y le contó una extraña historia. Según le dijo, él había viajado por América del Sur, por la región que ahora ocupan Colombia y Ecuador, y al pasar por lugares casi inaccesibles de la cordillera descubrió a un grupo de personas que hablaba hebreo y que se identificaron como israelitas, como miembros de la tribu perdida de Rubén. La creencia de que algunas de las tribus perdidas habían llegado al Nuevo Mundo no era nueva; sin embargo, nadie había dado cuenta de ello todavía y, además, no era clara la ruta que podrían haber tomado. El descubrimiento de los judíos de Kaifeng era providencial para establecer alguna ruta posible que hubieran podido tomar las tribus perdidas. Así, habrían llegado primero a China y de allá, sea por mar o por tierra, algunos se habrían trasladado al continente americano. En 1650, Manasseh escribió un panfleto llamado *Esperanza de Israel* que fue traducido a muchos idiomas. En él daba cuenta del maravilloso acontecimiento de la existencia de judíos en China, así como del descubrimiento de que también se encontraban en América. Así, planteaba Manasseh, se cumplía la profecía de la llegada de los judíos a un confín del mundo (América) a través de China. Ahora faltaba que estuvieran en el otro confín que, según los cálculos de Manasseh, era Inglaterra. Desgraciadamente, en Inglaterra no había judíos y si esa situación no se remediaba, entonces jamás volvería el mesías. Cromwell invitó a Manasseh a Londres para oír sus argumentos mesiánicos, junto con otros mucho más pragmáticos y pugnó por revocar la orden de expulsión de los judíos. Esto no sucedió inmediatamente, pero como Cromwell estaba convencido, permitió que poco a poco los judíos entraran a Inglaterra. Fue así como los judíos de Kaifeng, sin siquiera saberlo, ayudaron a sus correligionarios europeos.

Todos los esfuerzos para comunicarse con los judíos de Kaifeng entre mediados del siglo XVIII y mediados del siglo XIX fueron inútiles, pero el interés, que habían avivado por los relatos de los jesuitas, hizo que no fueran olvidados del todo. Finalmente, en 1850 y 1851 dos chinos cristianos conversos, Qiu y Jiang, llegaron a Kaifeng, que estaba en franca decadencia. Los diarios de ambos, el de Jiang escrito en chino y el de Qiu en inglés, son documentos valiosos. El viaje fue financiado por un donativo de 500 libras hecho a la Asociación Londinense para la Promoción del Cristianismo entre los Judíos. Un miembro destacado de esa asociación, Ja-

mes Finn, había escrito en 1843 un libro sobre los judíos en China, que había despertado mucha atención sobre el tema. Los visitantes encontraron una comunidad pobre, dispersa, sin rabino, y donde nadie podía leer hebreo; en cuanto a la sinagoga, ésta se encontraba en ruinas. Los dos conversos copiaron algunas inscripciones de la sinagoga y también una de las estelas y en 1850 pudieron comprar varios libros menores. En 1851 les vendieron seis *torah* y unos cincuenta manuscritos más, entre ellos el Libro de los Muertos. Cuando los cristianos pudieron finalmente leer las Escrituras, no encontraron discrepancias con las que conocían. Un mito se había venido abajo.

En 1866, el reverendo W.A.P. Martin hizo un viaje a Kaifeng e informó que la comunidad, de unas 300 o 400 personas, ya estaba dispersa, que no se practicaba la circuncisión y que los matrimonios mixtos eran la norma. Sin embargo, las personas con las cuales se entrevistó manifestaron su deseo de ver reconstruida la sinagoga y pidieron que se les enviaran maestros de hebreo. Las comunidades judías de América, de Europa y la nueva comunidad de Shanghai se dispusieron a hacer gestiones para ayudar a sus correligionarios de Kaifeng; sin embargo, los efectos de la guerra civil en América del Norte, la rebelión Taiping en China y el grave problema de los judíos en Rusia, distrajeron a las comunidades judías e hicieron fracasar dichos intentos. La comunidad de Kaifeng no recibió ni maestros ni rabinos, y su sinagoga no se reconstruyó.

En el siglo XX también se hicieron esfuerzos. El primero lo realizaron los judíos de Shanghai, quienes en 1900 formaron una asociación para la salvación de los judíos chinos. Llevaron a Shanghai a dos judíos de Kaifeng, quienes reiteraron que se habían perdido casi por completo los usos y las costumbres, salvo por el rechazo a comer cerdo y la resistencia a practicar la idolatría. Tampoco en esa ocasión fue posible que los judíos de Shanghai lograran prestar su ayuda. El obispo canadiense de la Iglesia anglicana, William White, encargado de la misión cristiana de Kaifeng, se interesó por los judíos de esa ciudad y en 1909 estableció un contacto cercano con ellos. En 1914, logró comprar el sitio donde antiguamente se encontraba la sinagoga y que todavía era propiedad de la comunidad; pidió, además, que le confiaran las estelas con las inscripciones y compró varios objetos rituales y libros. En 1919, White convocó un encuentro de los judíos de Kaifeng a fin de organizarlos, hacer

que se conocieran entre sí y alentarlos a estudiar su religión y las Escrituras. El obispo, quien abrigaba la esperanza de que, en definitiva, los judíos darían el paso siguiente, que sería la creencia en Cristo, logró reunir a un grupo que no fue tan numeroso como él lo hubiera deseado, pero no pudo lograr que se organizaran.

En la época actual hay ciento cuarenta familias en China que son descendientes de los judíos de Kaifeng. De éstas, setenta y nueve viven en Kaifeng y en 1980 se habían identificado ciento sesenta y seis personas, ochenta y ocho hombres y setenta y ocho mujeres. Estas familias tienen un medio estatus económico y social. Desde los años ochenta, estudiosos chinos algunos de los cuales descendían de los judíos de Kaifeng, han vuelto a investigar el tema de la vieja comunidad, e incluso se habla del establecimiento de un museo en la misma Kaifeng.

Con el paso del tiempo los judíos de Kaifeng perdieron sus rasgos físicos particulares y, a la larga, dejaron de practicar todos los rituales y no seguían las costumbres que los distinguían de los demás chinos. ¿Cuál fue la razón para que se asimilaran así? Según Kant, cuando un grupo de personas con ciertas creencias se encuentra en un ambiente donde la mayoría profesa otra doctrina, tarde o temprano es absorbido por las creencias de la mayoría, salvo en el caso de los judíos, quienes poseen un cuerpo completo de Escrituras. Las ocasiones en las que son asimilados suelen ser fruto de persecuciones y conversiones forzadas. En China, los judíos tenían sus Escrituras y no fueron ni perseguidos ni obligados a convertirse; sin embargo, se asimilaron al medio. Las razones pueden encontrarse en el aislamiento casi total de la comunidad, en los frecuentes matrimonios mixtos, en la eventual apatía, fruto de la tolerancia del ambiente chino, y tal vez en el deseo de no ser diferentes. Además, hay que recordar que si bien la intolerancia religiosa no era una característica china, la desconfianza hacia los extranjeros sí lo era. Durante la dinastía Yuan se favoreció a los extranjeros pero su situación nunca volvió a ser tan buena. Durante Ming (1368-1644), los extranjeros comenzaron a tener problemas y durante Qing (1662-1911), se dieron casos de franca persecución, sobre todo de los musulmanes hui quienes habían encabezado rebeliones. A los judíos se les confundía frecuentemente con los hui, y por esa razón es probable que trataran de ocultar su identidad. Sin embargo, el mayor culpable puede ha-

ber sido el confucianismo. Los judíos no estaban sujetos a restricciones como en Europa y tenían las mismas posibilidades que los chinos de obtener puestos en el servicio del estado; pero para ingresar al servicio civil era necesario aprobar exámenes que tenían como base a los clásicos confucianos. Eso significaba una larga y ardua preparación que distraía del estudio del hebreo y de la tradición. Además, los candidatos exitosos eran enviados a otras regiones y así se perdía la flor y nata de la colectividad. Conocemos, a través de las inscripciones y de otros documentos, los nombres de varios judíos que se destacaron como altos funcionarios. La inscripción de 1663 menciona a 20 graduados, 14 oficiales del ejército, 4 médicos... lo cual es bastante impresionante para una comunidad tan pequeña. El miembro más prominente del cual tenemos noticia es Zhao Yingcheng, quien logró obtener el grado máximo de *jinsi* y ocupar altísimos puestos. Finalmente, la destrucción de la sinagoga, la pérdida del conocimiento del hebreo y la desaparición de los guías espirituales, fueron golpes decisivos para la pérdida de la cohesión de la comunidad.

Sin embargo, es bastante notable que un núcleo tan pequeño de judíos, aislados en un lugar remotísimo y sin contacto con el resto de la diáspora, haya conservado su judaísmo durante varios siglos. Aún más notable es el hecho de que después de haber perdido todo elemento de identificación con la fe judía, los judíos de Kaifeng no hayan perdido del todo su identidad y que a más de un siglo de la destrucción de la sinagoga, todavía hubiera individuos que deseaban su reconstrucción y tenían la esperanza de recuperar su fe original. En 1952, en la República Popular China se llevó a cabo un censo de minorías étnicas y, para sorpresa de los funcionarios encargados de realizarlo en Kaifeng, cientos de individuos se presentaron diciendo que por ser judíos pertenecían a una minoría étnica. Por supuesto, ninguno de los encargados del censo sabía de qué se trataba eso y no les permitieron registrarse como étnicamente diferentes.

¿Cuál puede ser la razón de esta persistencia de una identidad? Quizás sea posible encontrar la respuesta en el sistema familiar chino. Cuando los judíos adoptaron apellidos chinos, adoptaron a su vez la organización china de linajes. Un linaje es una organización familiar patrilineal, donde los miembros reconocen a un antepasado común, comparten el mismo apellido y viven en la misma loca-

lidad; además, poseen algunas propiedades en común y comparten los lugares de entierro. Los judíos de Kaifeng estaban divididos en linajes de siete apellidos diferentes y sabemos que conservaban tablillas de ancestros, que tenían registros familiares y que cada familia, después de la destrucción del cementerio común, poseía su propio cementerio. Eso tiene consecuencias en cuanto a la identidad, porque si un apellido —es decir, un linaje— era identificado como judío, los individuos que llevaban este apellido también lo eran. Es así como el sistema familiar chino ayudó a conservar la identidad de los judíos aún sin la existencia de la sinagoga, e incluso sin la observancia de rito alguno.

Como hemos visto, la comunidad judía de Kaifeng, aislada y a veces olvidada, en algunos momentos de la historia desempeñó, sin saberlo, un papel desproporcionado respecto de su tamaño y de su importancia en la vida religiosa de la Europa de la Ilustración. Además, su desaparición como comunidad, así como su asimilación y la persistencia, a pesar de todo, de la memoria de sus orígenes, la hace interesante como ejemplo para reflexionar sobre la diáspora judía, la sobrevivencia de la identidad judía y la asimilación. Finalmente, la suerte de esta comunidad, que floreció y luego entró en decadencia en China —en un lugar cuya tradición cultural es completamente ajena al mundo judaico— constituye un elemento para medir la capacidad propia de la doctrina confuciana de absorber y persuadir, de prevalecer y dominar, sin que para ello necesitara de los medios drásticos y a veces brutales que caracterizan al celo evangelizador de las doctrinas religiosas que prevalecieron en Europa y en Medio Oriente.

#### BIBLIOGRAFÍA

- CHAN Sui-jeung, 1986. *The Jews in Kaifeng: Reflection on Sino-Judaic History*, Hong Kong, Hong Kong Jewish Chronicle.
- EBER, Irene. "Acculturation and the Persistence of Identity of Kaifeng Jews", ponencia pendiente de publicación.
- GALLAGHER, Louis S. J., 1953. *China in the sixteenth century. The Journals of Matthew Ricci: 1583-1610*, Nueva York, Random House.
- GONG, Fangzhen. "The Jewish Merchants on the Silk Road", ponencia pendiente de publicación.

- ISRAELI, Raphael, 1980. *Muslims in China: A Study in Cultural Confrontation*, Scandinavian Institute of Asian Studies Monograph Series No. 29, Londres, Curzon Press and Humanities Press.
- KUBLIN, Hyman, 1971. *Jews in Old China: Some Western Views*, Nueva York, Paragon Book Reprint Corp.
- \_\_\_\_\_, 1971. *Studies of the Chinese Jews: Selections from Journals East and West*, Nueva York, Paragon Book Reprint Corp.
- LESLIE, Donald Daniel, 1972. *The Survival of the Chinese Jews: The Jewish Community of Kaifeng*, Leiden, E.J. Brill.
- LEVENTHAL, Dennis A., 1985. *Sino-Judaic Studies: Whence and Whither: An Essay and Bibliography* (con un apéndice del Kadoorie Memoir) Hong Kong, Hong Kong Jewish Chronicle.
- MUNGELLO, David, 1985. *Curious Land: Jesuit accommodation and the origins of Sinology*, Franz Steiner Verlag, Wiesbaden, Stuttgart.
- PLAKS, Andrew, H. "The Confucianization of the Chinese Jews: Interpretations of the K'ai-feng Stelae Inscriptions", ponencia pendiente de publicación.
- POLLAK, Michael, 1980. *Mandarins, Jews and Missionaries: The Jewish Publication Society of America* (y 1983, 2a edición).
- \_\_\_\_\_, "The Revelation of the Presence of a Jewish Community in Seventeenth-Century China: Its Impact on Western Messianic Thought", ponencia pendiente de publicación.
- ROSSABI, Morris, 1981. "The Muslims in the Early Yüan Dynasty", en J.D. Langlois (comp.), *China Under Mongol Rule*, Princeton, pp. 257-295.
- SHAPIRO, Sidney, 1984. *Jews in Old China: Studies by Chinese Scholars*, Nueva York, Hippocrene Books.
- THOMAS, Nigel, "Rádhánites, Chinese Jews, and the Silk Road of the Steppes", ponencia pendiente de publicación.
- WHITE, William C. y Ronald Williams, 1942. *Chinese Jews: A Compilation of Matter Relating to the Jews of K'ai-feng Fu*, Toronto, University of Toronto Press, 3 vols. (reimpreso en Nueva York, Paragon Book Reprint Corp., 1966, con un prefacio de Cecil Roth).